

La inusitada preocupación por el porvenir

RODRIGO A. PERAZA DARIAS* pp. 147-165

El encuentro con el porvenir

Durante mis más de 42 años en la docencia universitaria –compartidos con el ejercicio profesional en gran parte del trayecto– nunca había sentido tanta preocupación entre mis alumnos de pregrado –por definición jóvenes– por el futuro como desde que se inició la andadura de la segunda década del siglo XXI. Mi primera reacción ha intentado sembrar tranquilidad aludiendo a generalidades, según las cuales las visiones futuristas cambian, de acuerdo a los humores de las épocas, en una sucesión de ciclos históricos que van dejando su impronta. No existe la futurología como disciplina predictiva sino como aproximación apoyada en escenarios que se intuyen como posibles –aunque no se compadezcan con la realidad– y matizada por las concepciones que los hechos van generando; cosa complicada porque estos adquieren tal condición ya avanzado el tiempo. En este sentido, valga recordar una expresión del ex primer ministro chino, Chu En-Lai, cuando, en 1968, a una pregunta acerca de si la Revolución Francesa había tenido consecuencias positivas, respondió lacónicamente: «Aún es pronto para decirlo».

No menos cierto es el hecho de que el futuro es algo que se va construyendo desde lo que está ocurriendo en el presente, condicionado por las circunstancias y fuerzas que actúan en una realidad espacial, lo que excluye un origen inesperado, accidental y mucho menos mágico. Es por ello que muchos destacados investigadores, como Tocqueville¹ y Humboldt,² se referían más bien al porvenir.

Cabe mencionar que al afirmarse que Colón descubrió a América, debería aclararse que dicha acción revistió tal cualidad para los europeos, pero no para los aborígenes. Humboldt anotaba, por ello, todo lo que observaba e iba describiendo las exuberancias que la naturaleza le enseñaba a medida que se adentraba en su interior, a la par que realizaba

* Investigador del Área de Desarrollo Económico del Cendes y docente de la Escuela de Economía de Faces-UCV.
Correo-e: ropeda13@gmail.com

¹ Alexis de Tocqueville (Francia, 1805-1859) fue pensador, político, jurista e historiador, que analizó la sociedad democrática moderna de los Estados Unidos de América (EUA) junto con Gustave Beaumont. En la obra «La Democracia en América» Tocqueville otorga gran importancia a la religión (era católico), no como doctrina sino como mecanismo político e instrumento para la elaboración de leyes basadas en la Biblia.

² Alejandro de Humboldt (Berlín, 1769-1859) fue geógrafo, naturalista, explorador y sobre todo gran humanista; persona polivalente irrepetible, viajó por Europa, América del Norte, del Centro y del Sur, y por Asia Central, dejando en su obra monumental (30 volúmenes), «Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente», el resultado de sus apreciaciones.

advertencias perspicaces sobre la sociedad y las costumbres. Sin duda que era una visión optimista de ese porvenir.

Ya más entrados en el siglo XIX, con las guerras civiles, la violencia social, las pandemias tropicales, la inestabilidad política y el afán independentista con su secuela de pobreza y subdesarrollo, hace su presencia un sentimiento contrario, básicamente determinista y pesimista. A pocos años del siglo XXI, en diciembre de 1982, un destacado venezolano, Humberto Peñaloza, gran visionario, profetizaba que «... tenemos que preparar las generaciones de hoy para la Venezuela del futuro, una Venezuela que no va a competir internacionalmente con petróleo ni con otras materias primas energéticas, sino que tendrá que enfrentarse a las tecnología más avanzadas de los países desarrollados ya metidos en la era post-industrial». ³ En los días que corren (julio, 2018) todas las advertencias quedaron atrás y lo que enfrentamos no tiene parangón alguno con lo precedente. El desarrollo del país se deslizó por el tobogán de la involución social, económica y política. Por ello, tienen razón los jóvenes de ahora en su inusitada perplejidad.

Tenemos la impresión de que se dispone de suficiente información referida a cómo reencontrar el camino en un marco de relativa seguridad anímica y confianza afectiva, producto de muchas reflexiones acerca de nuestra interioridad nacional, el alma colectiva, los hábitos, comportamientos y posturas sobre los cuales se debe proyectar la perspectiva. Pero existe una gran dispersión de esfuerzos que es impostergable unir para facilitar la tarea de saber cómo somos, qué nos motiva y desmotiva, cómo estamos dispuestos a mancomunar los intentos por augurarnos un porvenir promisor, sin olvidar nuestros recursos naturales renovables o no y el resto de las cosas que nos circundan.

Luce oportuno recordar que, después de la II Guerra Mundial, se propagó la idea del desarrollo mecanicista, colocando su énfasis fuera del ámbito cultural e histórico de cada nación, con un patrón de aplicación tipo receta única, que tanto valiera para la India como para Haití, Chile, Filipinas o cualquiera de los países en vías de desarrollo. Una pléyade de asesores, expertos, consejeros y demás encumbrados perceptores de contratos de consultoría se esparció *urbi et orbi* (en versión latina) con un arsenal de recomendaciones en su maletín. Fue esta una forma de entender la modernidad en el desarrollo. Su fracaso no se hizo esperar. En América Latina tomó la forma del desarrollo hacia adentro o endógeno, en los albores de la década de 1950, a través de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), impulsada desde la naciente Comisión Económica para América Latina (Cepal), cuyo marcado enfoque proteccionista demostró ser negativo para el proceso de

³ Discurso del Ing. Petr. Humberto Peñaloza en su condición de director de Pro-Venezuela, en el XII Curso del Iaedn el 10 de diciembre de 1982 (Cortesía de Daniel Chalbaud L.).

industrialización de los países de la región. En el caso de Venezuela hago excepción de Meir M. Merhav, experto israelita, contratado por el primer gobierno de Caldera (1972) para elaborar un diagnóstico sobre las posibilidades del desarrollo industrial y agropecuario del país. Años después, Ramón Escobar Salom, venezolano singular, examinaba el comportamiento de los pueblos latinoamericanos y ensayaba una sentencia, mirando hacia el porvenir, de la siguiente manera:

Los pueblos se unifican y fortalecen la conciencia histórica con las metas y con los objetivos que se propongan. ¿Qué hace una nación con pasado si después no sabe a dónde va? Es típicamente latinoamericana la idea de que todas las señales de la historia están en el pasado y que es preciso insistir en el camino de las generaciones precedentes. La fuerza no se adquiere necesariamente por volver a los orígenes sino por los desafíos que se aceptan, por los horizontes que se aspira conquistar y por los fines que mejor realicen el destino colectivo (Escobar Salom, 1985:10).

Así como Escobar Salom, muchos fueron los que expresaron sus advertencias y opiniones acerca de cómo los venezolanos debían apreciar y construir el porvenir, tarea que implicaba a cada generación presente y futura. Cito algunos limitándome al siglo XX: Román Cárdenas, Gumersindo Torres, Alberto Adriani, Arturo Uslar, Manuel Caballero, Juan P. Pérez Alfonzo, Humberto Peñaloza, Héctor Malavé M., y muchos más que sería demasiado prolijo enumerar.

Pero el porvenir —reiteramos— hay que irlo construyendo, desde los cimientos hasta la azotea, como en un edificio nuevo: unos cavan las zanjas para hincar los pilotes; otros hacen la mezcla; después vendrán los que colocan los andamios y así... la obra va tomando forma, hasta que viene la complicada fase de los remates. En nuestro asunto, lo primero sería convencernos de que sería factible formar una sociedad mejor dotada para administrarse a sí misma y para entenderse eficazmente con la realidad; esto es, ir al encuentro con el porvenir.

La elección del porvenir

El futuro no deseable

Durante todo el siglo XX, se insistió que Venezuela, debido a su posición geográfica y económica, poseía una importancia geopolítica capital, afirmación que se fortalecía cuando se le agregaba la variable petrolera. Tenía gran peso el hecho de que, durante la segunda conflagración bélica mundial, en febrero de 1942, muy cerca de Paraguaná y cuando aún no existían las refinerías de Amuay y Cardón, fueron hundidos por submarinos alemanes varios tanqueros cargados de petróleo con destino a los pertrechos aliados, con la muerte de sus respectivas tripulaciones.

En los años subsiguientes, nuestro papel en el concierto de países abundantes en petróleo se acrecentó hasta llegar a ocupar la primera posición entre los productores-exportadores. Hacia adentro, esto hizo que el nivel de las expectativas se incrementara sustancialmente: se espera más del Estado, en su tripleta de poderes separados, al percibir que el tamaño de la torta va haciéndose mayor y se aspira que el pedazo de cada quien también. Como consecuencia, la presión sobre la distribución del ingreso tiende a aumentar y a hacerse conflictiva, porque una mayoría verá frustradas sus aspiraciones (el trozo que le tocó era menor al esperado).

Por otra parte, en la abundancia resulta cuesta arriba hacer creer que el maná petrolero se mueve por ciclos y que estos incluyen la escasez. El tránsito hacia los recursos escasos que imponga necesidades de disciplina o de reajuste va a ocasionar malestar en un colectivo habituado a la abundancia. Para completar el cuadro, el efecto demostración se hace presente cuando en los países vecinos y en otros que no lo son tanto, se enteran de la existencia de una nueva tierra prometida, generándose significativos desbalances demográficos que exacerbaban los derivados de las migraciones intra regionales. Todo esto se hizo presente en la Venezuela petrolera del siglo XX y fue horadando su vulnerabilidad por su escasa preparación para el aluvión.

Los riesgos geopolíticos no fueron de menor tenor: mientras en la región hubo estabilidad económica y ausencia de convulsiones sociales y políticas, el ambiente general fue favorable por añadidura para Venezuela. Pero sucesos, que estaban fuera de nuestro control, en países vecinos, como los casos de Colombia, Brasil, Nicaragua, Cuba, República Dominicana y el Salvador, entre otros, tuvieron inevitables repercusiones sobre nuestro país, acrecentando su vulnerabilidad.

En otro orden de vulnerabilidades debemos situar las derivadas de la transculturización que el impacto de las comunicaciones y de los desarrollos espaciales ha ejercido sobre los países y sociedades de fragilidad tecnológica, cultural o social.

Ante un escenario sombrío como el enunciado, no cabe sino un intento de pensamiento constructivo que despeje caminos y pruebe con acciones y reacciones, buscando una hipótesis confortable. Ello nos llevaría a un compromiso psicológico colectivo a fin de arbitrar alternativas creativas, aun en medio de las mayores dificultades. Los ejemplos abundan tanto en la historia de pueblos antiguos como modernos, los cuales supieron empujarse y convertirse en islas de eficiencia y supervivencia, emergiendo de las calamidades. Lo pertinente sería imaginar un perfil de actitudes y comportamientos que permitiera definir una posición de firmeza y estabilidad, aun en el caso de que la ecología social y política de la región se alteraran significativamente en la próxima década (hecho nada fácil, pero sí factible y ejemplo de un futuro no deseable).

Entre las materias configuradoras del futuro está el gran tema de la transculturización, entendida como «conjunto de influencias desdibujadoras de las características y señales individuales de la personalidad y de la psicología nacional, de sus valores, de sus tradiciones, modales y temperamento» (Escobar Salom, 1985:14). El influjo, cada vez más determinante, que ejercen las comunicaciones y la informática, está influyendo muy decisivamente en las actitudes y decisiones políticas y en los modos de ser. Un país fragmentado, de poca estructura interior y de frágil complexión emocional, sin las defensas de una vigorosa tradición nacional, podría terminar perdiendo su personalidad histórica y su libertad de decisión política. La única respuesta para enfrentarlo es fortalecer los valores y distintivos de lo que se entiende como la «Personalidad nacional». Una muestra de ello son las exhortaciones recurrentes, valientes y frontales de la Conferencia Episcopal Venezolana, las Academias Nacionales, las Universidades, los gremios profesionales y sindicales, y claro está, los estudiantes, entre otros, que han superado en mucho las confusas, disolventes e individualistas posiciones de los políticos. Sin ese vigor interno, las posibilidades de defensa del país se tornan débiles. La desorganización, la ineficiencia, la menguada calidad de la población, el escaso nivel ético, las desigualdades en la redistribución del ingreso y la falta de certeza acerca de la verdadera dimensión de la nación actuarían como fuerzas que presionarían en sentido contrario.

En el mismo orden de importancia debemos colocar el patente debilitamiento del potencial económico nacional, la politización y quiebre de las industrias básicas, la estatzación, con confiscación incluida, de empresas privadas que eran eficaces o eficientes, para sumarlas al cementerio de entes quebrados sin ánimo para sobrevivir, a lo que debemos agregar la ruina del sector agropecuario y los obstáculos colocados a los intrépidos industriales que mantienen la esperanza de que las cosas cambien y la política económica encuentre la senda del crecimiento sostenible.

El futuro que no deseamos debe considerar la posición externa de Venezuela, alineada como está a entes que no agregan valor y más bien han debilitado la soberanía; el país está en la agenda de todos los organismos internacionales porque se ha convertido en un país-problema y cuyos representantes carecen de la preparación y experiencia que le otorguen dignidad a su desempeño. Es indignante e insoportable la arrogancia que exhiben en los foros, merced a lo cual Venezuela ha perdido representatividad y prestancia a nivel mundial. Véase simplemente las visitas que ha hecho o recibido el presidente de la República durante el ejercicio de su mandato y se observará que se trata de personajes que dirigen países de discutible talante democrático, para solo mencionar una de sus varias características. La indeseable conducción de la política exterior tiene repercusiones en diversos ámbitos, uno de los cuales se refiere al petróleo del que siempre se ha afirmado que constituye un arma estratégica. Es precisamente allí donde ha ocurrido el mayor dislate con

impactos dramáticos en nuestro presente y futuro. Hemos perdido la condición de miembro influyente de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), donde lo que da poder es la producción disponible para exportar. Con 1,2 millones de barriles de producción diaria y unos ingresos en divisas de aproximadamente 4.000 millones de dólares anuales para 2018 —que debemos transformar en bolívares y destinar una porción a mantener la operación—, es muy poco lo que se puede hacer en un país que necesita, como mínimo, diez veces esa cifra para sustentar cierto nivel de bienestar.

Futuro indeseable es la descapitalización intelectual y científica, y la diáspora conexas de talento ante el desacierto en el modo de orientar la educación, la falta de investigación, la carencia de recursos tecnológicos elementales, el cerco económico a las instituciones universitarias, científicas, medios de comunicación, empresas y un largo etcétera, y en general, la profundización de un riesgo que preocupa a todos, si bien en modo superlativo a los jóvenes que se forman, cuya expectativa es salir al exterior. Estos factores no deseados se relacionan con el pesimismo, esto es, la falta de creencia en las posibilidades del país y la idea de que no somos capaces de lograrlo por prejuicios raciales o étnicos.

El futuro indeseable tiene que ver, finalmente, con las condiciones naturales del ambiente, la desnutrición, la salud decadente, la inseguridad ciudadana y jurídica, la impotencia económica, la división de la familia y la desconfianza en las instituciones.

El futuro no deseable, que apreciamos en la Venezuela de 2018, ha tenido efectos devastadores, a tenor de los siguientes impactos que la sociedad debe superar:

- Reducción de la imaginación.
- Amodorramiento de la vida social a la usanza de los pueblos primitivos.
- Resignación e impotencia ante los factores adversos.
- Búsqueda de culpables afuera.
- El anhelo de cambio siempre que el riesgo lo corran los demás.

Otro factor de importancia que no podemos soslayar es el referente a la resistencia al cambio, que los estudiosos de la planificación estratégica estiman inevitable en la vida cotidiana individual, de la sociedad y del Estado. Sin embargo, el impacto o afectación de dicha resistencia no es igual en todas las personas o grupos; de allí que genere incertidumbre y angustia, y tenga el potencial de desestabilizar los patrones de interacción confortable, al decir de Fred R. David ([1986] 2003:234), quien añade que no es fácil vencerla con argumentos racionales porque se basa en lo emocional. La abundancia derivada de la emergencia del petróleo ha sido la panacea usada por algunos para explicar esa característica en la sociedad venezolana. Sin embargo, otros creen que parece venir de mucho más lejos. Al efecto, Escovar Salom nos dice que «... más de una vez quedó claro que en la sustancia de todas estas posturas estaba presente un ánimo conservador, entendiéndose por esto, la tendencia a la valorización del *status quo* y la desconfianza por sorpresas y

sobresaltos» (Escobar Salom, 1985:16). En consecuencia, la resistencia al cambio tiene que ser valorada al adaptar nuevas tecnologías, innovar prácticas administrativas o adoptar determinadas decisiones en relación al proceso de producción.

Reinterpretando a David, somos de la creencia que las medidas (políticas) correctivas deben tender a colocar a cada tipo de organización en una mejor posición de capitalizar las fortalezas (internas) para aprovechar las oportunidades (externas) claves y con ello neutralizar las amenazas y reducir las debilidades. Dichas medidas deben tener un horizonte de tiempo apropiado y la conciencia de que habrá un margen de riesgo que es preciso reducir mediante el seguimiento y la evaluación continua. Las acciones correctivas que se precisen deben ser aplicadas en el menor tiempo posible.

Escobar Salom encuentra como aspecto más complejo el encuentro entre la sociedad tradicional y moderna, ya que, si la primera intentare avasallar a la segunda, se estaría condenado al atraso tecnológico, lo que equivale a renunciar a tener presencia en el tiempo que vendrá, cosa que de alguna manera ha ocurrido en la primera década del siglo XXI venezolano. Pero si la tecnología se impone abruptamente sobre la manera de ser y hacer de los venezolanos, se corre el peligro de la extinción de la personalidad histórica y nacional, lo que para algunos sería abolir nuestra idiosincrasia distintiva.

El porvenir deseable

En esta sección vamos a intentar construir un escenario para Venezuela, impregnado de un espíritu esperanzador, asumiendo que seguiremos siendo un país pequeño —es preferible partir de la humildad y no de la grandilocuencia patrioter—, inserto en un mundo con accidentes políticos externos, tensiones internacionales globales, conflictos planetarios en desarrollo y sorpresas económicas y cambios políticos en la subregión latinoamericana. Tomaremos la metodología conceptual desarrollada por Escobar Salom en la obra que hemos venido desglosando a lo largo de este ensayo, advirtiendo que será imprescindible distinguir entre alternativas posibles o imposibles, probables o improbables.

Un futuro deseable, posible y probable parte de la consideración no despectiva de que somos un país pequeño, como dijimos, ya que a mayor extensión territorial mayor vulnerabilidad y en términos de eficiencia nacional, pareciera que se hace más complicado tender a su alcance. Otra cosa es que ni sus dimensiones físicas ni sus características nos proyectan como potencia mundial, falsa aspiración que engañosamente pregonan los propagandistas del gobierno. En lugar de creernos una suerte de Japón o Alemania, sugerimos ser más modestos y vernos en el espejo de Bélgica, Holanda e incluso Islandia, potenciando esa influencia en su organización institucional, su capacidad intelectual, científica y tecnológica, por la utilización racional de sus recursos y por la natural apertura de su gente, acostumbrada al mestizaje y la integración, y proclive a desarrollar amistades en todas las áreas de las vinculaciones internacionales.

Para acceder a esos objetivos hay que ser capaces de aprovechar los recursos internos y externos, y estructurar «...un sistema interno sobre bases de progreso social efectivo, así como generar para los ciudadanos un promedio de felicidad y de bienestar colectivo que es, en definitiva, la única medida aceptable y racional para examinar el equilibrio y la eficiencia de la sociedad» (Escobar Salom, 1985:17. Desde el punto de vista exclusivamente económico, las terminologías intermedias funcionarían armónicamente dentro de cierto límite dimensional. Claro que intervienen, entre otros, las «competencias distintivas» sectoriales dentro de cada país, que son las que, en definitiva, le permitirán desarrollar ventajas competitivas según lo demostró Michel Porter, autor de varios best seller en el campo de la administración estratégica. En cierto momento parecía que para ser exitoso a nivel mundial y emerger del subdesarrollo era condición necesaria disponer de un gran mercado; era la época de las economías de escala. Si le hubieran prestado atención a esto, los países escandinavos mantendrían a sus respectivas poblaciones en un elemental nivel de bienestar, nada comparable al que disfrutan hoy, uno de los más elevados del mundo. Es posible que la idea del 'punto medio' de los filósofos de la antigüedad (*in medium consistit virtus* en versión latina) fuera su base de inspiración. Demostraron —y no son los únicos— que un pequeño país tiene distintas opciones, tanto en el ámbito político y económico como en el intelectual y tecnológico. Eso sí, otra condición necesaria es que esté sostenido sobre el pilar de un capital humano y una sociedad abierta y libre, lo que incluye un Estado transparente.

Para mayor abundamiento, un Estado transparente es aquel que divulga los resultados tendentes a la mejora progresiva y sostenida de la producción de bienes y servicios públicos para la sociedad. El esfuerzo que se requiere se extiende tanto al sector público como a los medios de comunicación y a los distintos estamentos de la sociedad civil organizada, en el sentido de colocar la transparencia como un valor democrático altamente pertinente, desde el más alto nivel de la pirámide hasta el pueblo llano, lo que exige una mayor conciencia ciudadana y un más eficaz protagonismo. Las empresas y otras instituciones privadas tienen que convencerse de que, en la medida que contribuyan a incorporar la transparencia como uno de sus valores organizacionales y éticos, mejorarán su toma de decisiones y construirán un muro de contención a la corrupción.

En varios países la sostenibilidad de las políticas de transparencia no se logró porque, entre otras razones, la presión de los ciudadanos ante casos de malversación de fondos públicos fue perdiendo intensidad, no porque mejoró la transparencia, sino debido a que la gente se fue acostumbrando y los políticos fueron reduciendo la cuantía de los recursos y aumentando las formas de vencerla.

Un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID, 2012), ilustra lo comentado en el párrafo anterior, resumiendo con evidencias empíricas de países en desarrollo las

políticas aplicadas y sus resultados⁴. Por otra parte, este informe reitera algunos factores comunes presentes en una gran variedad de políticas externas de transparencia. Entre ellas, el reconocimiento de que no todos los actores o usuarios de la información poseen los mismos incentivos, necesidades y capacidades para acceder y utilizarla, y el que, si bien el contenido es importante, también lo son los asuntos asociados a la frecuencia y los vehículos a través de los cuales se divulga la información.

Otro punto que destaca el informe del BID *in comento*, y que es común en los estudios sobre la transparencia, es el referido a la poca credibilidad que los ciudadanos conceden a los intentos de los poderes públicos, cada uno en su ámbito, por mejorar la calidad de los servicios, argumentando, no sin razón, que los partidos y los políticos se comportan en forma diametralmente opuesta cuando están en el gobierno y cuando son oposición. Es más, potencian su desconfianza trayendo a colación situaciones en las que un determinado poder actúa de acuerdo a directrices que emanan de una persona o de un grupito erigido en una suerte de «notables» del partido, haciendo caso omiso a la base política o circuito electoral al que representan. Finalmente, es de señalada importancia subrayar que en dicho informe se reconoce que los países latinoamericanos valoran la transparencia focalizada como una plataforma única para poner en práctica mecanismos de retroalimentación y aprendizaje, sobre todo en el marco de la gestión pública.

El ciudadano que se espera formar para que evolucione hacia los roles antes comentados, que no excluyen otros de significativa relevancia como lo serían la producción y la defensa nacional, tiene que emerger de la educación y los valores de estabilidad y permanencia que la sociedad acepta y define, acicateados por la motivación. Ello tendría que modificar un patrón tradicional en muchos países en desarrollo como Venezuela, según el cual muy pocos son los factores que impulsan a la población marginal urbana hacia tareas intermedias y rurales, porque ha operado el «efecto demostración»: en las grandes concentraciones urbanas encuentran al menos un hospital, si bien deficientemente dotado, en contraste con el lugar de origen donde no hay ninguno; otro tanto se pudiera decir de las oportunidades de percibir un salario o acceder a la educación.

Aquí quisiéramos hacer una acotación referida a Venezuela en los términos siguientes: en los años de la llamada por algunos «democracia representativa» y concretamente entre 1959 y finales del siglo XX, es innegable que existió una dinámica social que hizo posible que personas con ascendientes muy humildes o marginales pudieran redimirse y aprovechar las oportunidades brindadas por la educación básica hasta la superior, gracias a la proliferación de instituciones educativas públicas y privadas, y a unas políticas que, con

⁴ Ver específicamente los Cuadros 1.6, 1.7 y 1.8 en las páginas 25 a la 32.

sus más y con sus menos, mostraron resultados netos positivos. Por ello, los marginados no siempre eran los mismos. El que logró salir airoso estudiando, con seguridad que ayudó a otros familiares a superarse y estimuló —a veces casi obligó— a sus hijos a realizar un esfuerzo similar al suyo. Esa dinámica ha dado muestra de haberse detenido a causa de un conjunto complejo de situaciones, donde el aspecto económico está jugando un papel determinante porque está influyendo en todo lo demás.

Por qué fracasan los países

Instituciones económicas extractivas e inclusivas

Daron Acemoglu y James Robinson (2012) aportan una comparación acerca de lo que esperan de la vida los adolescentes del Norte y del Sur de Corea.⁵

Los primeros crecen en la pobreza, sin iniciativa empresarial ni creatividad. Sin una educación que les prepare para el trabajo cualificado; su tránsito por la escuela está marcado por la atosigante propaganda política en apoyo al régimen dinástico comunista: existen pocos libros y ninguna computadora. El servicio militar es obligatorio. Los ciudadanos así formados saben que no podrán ser propietarios, ni crear una empresa, ni ser más prósperos; no tendrán acceso a los mercados para comprar los productos que necesitan y desean. Menos aún tienen alguna idea del tipo de derechos humanos que les concierne.

Los adolescentes de Corea del Sur reciben una buena educación y tienen incentivos que los animan a esforzarse y a destacar en la profesión elegida. Esta nación —más reducida en extensión, pero que dobla al Norte en población— ha adoptado el sistema de economía de mercado y de propiedad privada como pilares fundamentales. Los adolescentes del Sur saben que, si tienen éxito como emprendedores o trabajadores, en algún momento dispondrán de los ahorros que su esfuerzo les ha proporcionado y, en general, mejorar su nivel de vida.

Los autores aportan otros casos de similar contraste a los descritos con anterioridad, lo que les lleva a afirmar que el éxito económico de los países difiere debido a tres factores principales: a) las diferencias entre sus instituciones; b) las reglas que influyen en cómo funciona la economía, y c) los incentivos que motivan a las personas. Para ellos, las instituciones económicas de Corea del Sur, en virtud de su condición de libertad empresarial, contractual, movilización de las personas y de libre cambio, reúnen los requisitos para

⁵ Para una mayor comprensión de los planteamientos de Acemoglu y Robinson les remitimos al libro «Por qué fracasan los países» del que hemos tomado el título de esta sección o, en su defecto, pueden acceder al n° 94, enero-abril, 2017, de esta misma revista, *Cuadernos del Cendes*, págs. 145-160, donde encontrarán una reseña del libro en referencia, cuya autoría corresponde al suscrito y de la cual hemos tomado y editado esta parte.

ser consideradas «instituciones económicas inclusivas»; en los Estados Unidos de América (EUA) ocurre otro tanto. Añaden que, para ser inclusivas, las instituciones económicas deben fomentar dicha actividad y promover el aumento progresivo y sostenible de la productividad y de la prosperidad, dentro de un marco en el cual el derecho a la propiedad privada es crucial, así como el que la mayoría de los ciudadanos pueda disfrutar de todas estas prerrogativas. En el caso contrario están los habitantes de Corea del Norte, por lo que el modelo encuadra en la categoría de «instituciones económicas extractivas». Aportan otros ejemplos como el de Barbados y el de la América Latina colonial con instituciones como la encomienda, la mita y el repartimiento, y una definición: «Son instituciones económicas extractivas aquellas que poseen propiedades opuestas a las instituciones inclusivas. Son extractivas porque tienen como objetivo capturar rentas y riquezas de un subconjunto de la sociedad para beneficiar a un subconjunto distinto» (Acemoglu y Robinson, 2012:98). Por ello, las instituciones económicas inclusivas actúan como motores de prosperidad. Los autores suministran casos en los que muchas instituciones económicas no cumplen estos objetivos.

Instituciones políticas extractivas e inclusivas

Las instituciones económicas están indefectiblemente determinadas por el sistema político y este viene dado por la sociedad en los países democráticos; en otros, como en los sujetos a la ideología comunista o nazi, son impuestas por una élite. Acemoglu y Robinson definen la política y precisan su alcance como

...el proceso mediante el cual una sociedad elige las reglas que la gobernarán. La política acompaña a las instituciones por la sencilla razón de que, aunque las instituciones económicas pueden ser buenas para la prosperidad económica de un país, algunas personas o grupos, como la élite del Partido Comunista de Corea del Norte o los propietarios de plantaciones de caña de azúcar en la Barbados colonial, estarán mucho mejor estableciendo instituciones que sean extractivas. Cuando hay conflictos sobre las instituciones, lo que suceda dependerá de qué personas o grupos ganen en el juego político: quién puede conseguir más apoyo, obtener recursos adicionales y formar alianzas más efectivas (Acemoglu y Robinson, 2012:102).

Ello quiere decir que el ganador depende de la distribución del poder político en la sociedad, de lo que se infiere que las instituciones políticas son un elemento determinante del resultado de este juego.

Si el reparto del poder es restrictivo o si las instituciones de la sociedad son absolutistas, quienes ejerzan ese poder tenderán a establecer instituciones económicas para

enriquecerse y aumentar su poder a costa de la sociedad. En cambio, las instituciones políticas que reparten el poder en la sociedad y lo limitan, son pluralistas, existiendo una estrecha relación entre estas y las instituciones económicas inclusivas. Pero la clave para comprender por qué Corea del Sur y EUA tienen instituciones económicas inclusivas supone, además, que ambos son Estados poderosos y suficientemente centralizados. Los autores lo contrastan con el caso de Somalia. Al efecto, recurren a Max Weber y su famosa definición de Estado, a saber: «monopolio de la violencia legítima». De seguidas ensayan una definición de instituciones políticas inclusivas: «aquellas que están suficientemente centralizadas y que son pluralistas. Cuando falle alguna de estas condiciones, nos referiremos a ellas como instituciones políticas extractivas» (Acemoglu y Robinson, 2012:103).

¿Por qué no elegir siempre la prosperidad?

A juicio de Acemoglu y Robinson, las instituciones políticas y económicas que son elegidas por la sociedad pueden ser inclusivas y promover el crecimiento económico, o extractivas para obstruirlo. Ello significa que la elección de las instituciones por parte de los ciudadanos, esto es, su política, es crucial para explicar las razones del éxito o el fracaso de los países. A lo largo de la historia, una gran mayoría de naciones han sido, y todavía lo son, capturadas por instituciones extractivas y una minoría ha evolucionado hacia instituciones inclusivas, que conducen hacia la senda del crecimiento y del desarrollo económico. Y aunque luce obvio que todo el mundo, incluso hasta un dictador depredador, debería estar interesado en crear instituciones económicas que apunten a la prosperidad, los autores se apoyan en el caso del Congo y su recorrido inicial como país independiente, con un líder, Mobutu, quien creó un conjunto extraordinariamente extractivo de instituciones económicas; ello les lleva a responder con pesimismo que, por desgracia para los ciudadanos de muchos países, las instituciones económicas que crean incentivos para el progreso económico también pueden redistribuir simultáneamente la renta y el poder, de forma que el dictador depredador y sus subordinados con poder político empeoren su situación.

El problema fundamental es que, obligatoriamente, habrá disputas y conflictos sobre el tipo de instituciones económicas que una sociedad se debe procurar, de donde surgirán ganadores y perdedores. Así ocurrió durante la revolución industrial de Inglaterra, que se centró en una serie de cambios tecnológicos pioneros en los campos de la energía de vapor, el transporte y la producción textil. Muchos se opusieron no por ignorancia sino por todo lo contrario; sin embargo, el proceso continuó y condujo a un incremento significativo de la renta total que, en última instancia, se convirtió en la base de la sociedad industrial moderna. El crecimiento económico y el cambio tecnológico están acompañados de lo que

Joseph A. Schumpeter⁶ denominó «destrucción creativa», que sencillamente es sustituir lo viejo por lo nuevo.

La historia europea nos da ejemplos reales de las consecuencias de la destrucción creativa. Entre los perdedores de la industrialización estaban los aristócratas, los artesanos, agrupados en el movimiento de los «luditas» –quienes en términos modernos se podrían asimilar a aquellos que se resisten al cambio tecnológico– y, sobre todo por su poder, los terratenientes y los grupos influyentes; estos últimos suelen oponer resistencia al poder económico y a los motores de la prosperidad. Acemoglu y Robinson opinan que:

El crecimiento no es solamente un proceso de más y mejores máquinas, y de más y mejores personas con estudios, sino también es un proceso transformador y desestabilizador asociado con una destrucción creativa generalizada. Por lo tanto, el movimiento solamente avanza si no queda bloqueado por los perdedores económicos, que prevén que perderán sus privilegios económicos, y por los perdedores políticos, que temen que erosione su poder político (Acemoglu y Robinson, 2012:119).

La tesis central de los autores del libro *in comento* es que:

El desarrollo y la prosperidad económica están asociados con las instituciones económicas y políticas inclusivas, mientras que las instituciones extractivas normalmente conducen al estancamiento y la pobreza (...) Cuando el desarrollo llega con instituciones políticas extractivas, pero en lugares en los que las instituciones económicas tienen aspectos inclusivos, como el caso de Corea del Sur, siempre existe el peligro de que las instituciones económicas se vuelvan más extractivas y se detenga el crecimiento (Ídem:119-120).

Sin embargo, ello no significa que las instituciones extractivas no generen crecimiento ni que todas hayan surgido de forma similar. Al respecto, Acemoglu y Robinson aportan dos razones distintas, pero complementarias, por las cuales podría haber desarrollo –si bien por el contexto se deben más bien referir al crecimiento económico– bajo instituciones políticas extractivas: primero, cuando las élites pueden asignar recursos directamente a actividades de alta productividad que controlan personalmente, como en la Unión Soviética y, segundo, cuando se permite el desarrollo de instituciones económicas inclusivas de forma

⁶ Joseph Alois Schumpeter (1883-1950), economista austriaco, que ejerció la docencia en Viena y luego en Harvard, pensaba que el factor fundamental en el cambio económico es el empresario innovador, entendiéndolo que el ciclo económico resulta perfectamente normal. Se opuso a las teorías de otro gran economista, el británico John Maynard Keynes, sobre todo por las consecuencias del intervencionismo del Estado en la economía. La obra maestra de Schumpeter es su «Historia del Análisis Económico». En sus últimos años se mostró pesimista sobre las posibilidades del capitalismo (fuente: *Diccionario de Economía y Finanzas*, pág. 394).

limitada e incompleta, como la Corea del Sur del general Park y el desarrollo económico de China actual (2012). El problema está en que, si no logran la transición hacia instituciones políticas inclusivas, las posibilidades de que el crecimiento económico conduzca a un desarrollo económico sostenido son muy bajas y menos aún acompañado de una destrucción creativa y de cambio tecnológico.

En el capítulo 4, «Pequeñas diferencias y coyunturas críticas: el peso de la historia», los autores examinan los efectos en el mundo de la peste negra a partir de la segunda mitad del siglo XIV, que se llevó a una gran proporción de la población, considerando que:

...es un ejemplo claro de una coyuntura crítica, un gran acontecimiento o una confluencia de factores que trastorna el equilibrio económico o político existente en la sociedad (...). El hecho de comprender cómo la historia y las coyunturas críticas perfilan el camino de las instituciones económicas y políticas, nos permite tener una teoría más completa de los orígenes de las diferencias entre pobreza y prosperidad. Y además, nos permite explicar la situación actual y por qué algunos países hacen la transición a instituciones económicas y políticas inclusivas y otros, no (Idem:127).

Al concluir este capítulo, Acemoglu y Robinson reiteran que han puesto en evidencia que las teorías basadas en la geografía, la cultura y la ignorancia no explican la situación que vive el mundo actual, mientras que su «teoría institucional» sí lo hace. Precisamente, esta es la tarea que ellos se proponen en los capítulos restantes, mediante el detalle e ilustración de su funcionamiento, lo que abarca desde el origen de la revolución neolítica hasta el desmoronamiento de varias civilizaciones.

A título meramente enunciativo, analizan cómo y por qué se dieron los pasos decisivos hacia instituciones políticas inclusivas durante la Revolución Gloriosa en Inglaterra; cómo determinadas áreas consiguieron transformar sus instituciones en una dirección más inclusiva en Francia y Japón, o qué impidió el establecimiento de instituciones extractivas en EUA y Australia. Finalmente, examinan cómo el fracaso actual de los países está fuertemente influido por sus respectivas historias institucionales y una parte del asesoramiento en materia política suele ser engañoso al partir de hipótesis incorrectas. Pero, «los países todavía pueden controlar coyunturas críticas y romper el molde para reformar sus instituciones y embarcarse en un camino que los conduzca a una mayor prosperidad» (Idem: 151).

En el capítulo 11, titulado «El círculo virtuoso», que los autores definen como «un proceso potente de retroalimentación positiva que protege a las instituciones políticas y económicas inclusivas frente a los intentos de socavarlas» (Idem:362) aparece una primera referencia a Venezuela, para indicar que, en la década de 1990, el presidente Chávez —al igual que el presidente Fujimori del Perú— apeló a su mandato popular para cerrar un

Congreso, a su entender, poco cooperativo, y proponer y alcanzar aprobar una nueva constitución, la cual reforzaba los poderes del primer mandatario nacional, lo que no hizo Roosevelt, que tenía al Congreso en contra en la ocasión de la Gran Depresión, evitando la confrontación altamente riesgosa con el poder de los círculos virtuosos.

En el capítulo 13, la mención a Venezuela aparece en el contexto siguiente:

El hecho de que las elecciones no hayan conllevado instituciones políticas y económicas inclusivas es el caso habitual en América Latina (...) En Venezuela, hoy en día, como en Argentina, el gobierno de Hugo Chávez, elegido democráticamente, ataca a sus adversarios, los echa de puestos de trabajo en el sector público, cierra periódicos si no le gustan sus editoriales y expropia bienes. En cualquier caso, Chávez es mucho más poderoso y tiene menos límites que sir Robert Walpole en la Gran Bretaña del siglo XVIII cuando fue incapaz de condenar a John Huntridge bajo la Ley negra. A Huntridge le hubiera ido mucho peor en la Venezuela o la Argentina actuales [se refiere a 2012] (Ídem: 452).

Pero la alusión al régimen chavista sigue y por la significación de lo que Acemoglu y Robinson subrayan, nos tomamos la licencia de insertar una extensa cita textual, a saber:

La democracia que emerge en América Latina, en principio, es diametralmente opuesta al gobierno de la élite y, en retórica y acción, intenta repartir derechos y oportunidades como mínimo de un segmento de la élite, pero sus raíces están firmemente ancladas en regímenes extractivos en dos sentidos. Primero, las desigualdades persistentes durante regímenes extractivos que hacen que los votantes de nuevas generaciones emergentes voten a favor de políticos que tienen políticas extremas. No se trata de que los argentinos sean ingenuos y piensen que Juan Perón o políticos peronistas más reciente como Menem o los Kirchner son altruistas y defienden sus intereses, o que los venezolanos vean su salvación en Hugo Chávez, sino que muchos argentinos y venezolanos reconocen que todos los demás políticos y partidos durante tanto tiempo no les han dado voz, no han proporcionado los servicios públicos más básicos, como carreteras y educación, ni los han protegido de la explotación por parte de las élites locales. Hoy en día, muchos venezolanos apoyan las políticas que adopta Chávez, aunque vengan acompañadas de corrupción y derroche del mismo modo que muchos argentinos apoyaron las políticas de Perón en los cuarenta y los setenta. Segundo, de nuevo, son las instituciones extractivas subyacentes las que hacen que la política sea tan atractiva y tan parcial a favor de hombres fuertes como Perón y Chávez, en lugar de ser un sistema de partidos efectivo que produzca alternativas deseables desde el punto de vista social. Perón y Chávez y docenas de otros hombres fuertes de América Latina son solamente una faceta más de la ley de hierro de la oligarquía, y como sugiere su nombre, las raíces de esta ley de hierro se encuentran en los regímenes subyacentes controlados por la élite (Ídem: 452-453).

Por último, destacamos que China merece a los autores *in comento* un amplio análisis del que infieren y vaticinan que es poco probable que se traduzca en un desarrollo económico sostenido. En el contexto de su teoría, reconocen que este país ha sido capaz de crecer porque, bajo Deng Xiaoping, se han producido reformas radicales lejos de las instituciones económicas más extractivas y hacia las más inclusivas. Donde no han avanzado ha sido en el cambio de las instituciones políticas, por lo que China es un ejemplo de crecimiento bajo instituciones políticas extractivas. Para verificarlo tendrán que pasar muchos años (tiempo histórico) según Chu En-Lai.

El salto al siglo XXI

Un destacado escritor venezolano, Mariano Picón Salas, dijo una vez que Venezuela entró al siglo XX a partir de 1936. Pudiéramos cambiar los tiempos y afirmar que el país aún no ha entrado en el siglo XXI, sino que ha retrocedido en muchos órdenes al XIX. En todo caso, el salto que se tendrá que dar en algún momento será muy grande y la sociedad tiene que irse preparando. Es ella la que tendrá que asumir las iniciativas, bajo la premisa de que la sociedad democrática no es generalmente paternalista, porque ella misma inyecta desde la comunidad el fluido que ayuda a que las cosas se hagan. Al respecto, vale traer a colación el caso de los colonos de Nueva Inglaterra, EUA, quienes «...por sus hábitos favorecieron las prácticas de igualitarismo y los fundamentos de una acción social que se nutre de la comunidad y no del Estado, y que surge de la periferia al centro» (Escobar Salom, 1986:19).

No le tememos al comunitarismo entendido como espacio e instrumento de muchas actividades que pueden llevarse a cabo en la comunidad: de producción, consumo y servicios, de participación política y de inserción del ciudadano en la localidad, en la región y en la nación. La capacidad de innovación también tiene su asiento allí, junto al voluntarismo, aplicado a las áreas que la comunidad genuina y espontáneamente se proponga desafiar. El compromiso mutuo,⁷ esto es, la solidaridad entre los integrantes de la comunidad basada en relaciones justas y equitativas que permitan la realización recíproca, es un valor susceptible de ser ampliamente desarrollado a fin de potenciar el peso de la acción comunal. Entendido así, el ciudadano no queda inserto en la comunidad sino dentro de una sociedad libre, abierta, transparente, es decir, democrática. Esta solo tiene un método para superarse: más democracia. Esto significa que es necesario oponerse a los intentos de confiscación de la Nación por el Estado e internalizar en la psiquis de cada ciudadano que la dignidad, la integridad, la libertad y su seguridad no son posibles sino dentro de la comunidad

⁷ Con sus valores instrumentales, a saber: respeto, respaldo, seguridad, meritocracia, lealtad y dedicación. Extracto de las Guías de Estudio de la asignatura «Planificación Estratégica», dictada por el Prof. Rodrigo A. Peraza D. en la Escuela de Economía de Faces-UCV.

democrática, y que, además, cada quien tiene que ser responsable; el funcionario comunal debe ser rápidamente indoctrinado para que se conciba a sí mismo como un servidor público. En suma, hay que reforzar la valorización del ciudadano frente al Estado y la protección de sus derechos como individuo, lo que impone al país una fundamental tarea pedagógica, porque las personas como tal no están en el centro del sistema político y social.

El síndrome de frustración que aqueja a muchos, especialmente a los jóvenes,⁸ no se va a superar buscando alguna referencia lejana en el espacio o en el tiempo para achacarle la suma de culpabilidades de todo lo que por ignorancia, error o prevaricación ha resultado mal. La historia abunda en ejemplos: la Independencia enfatizó su furia en la denuncia del Imperio Español; lo siguió el imperialismo norteamericano y la dependencia, teoría esta última que sirvió de panacea para exculparnos y excusarnos ante la avasallante presencia de fuerzas extra-nacionales, dominantes, sofisticadas y agresivas.

El venezolano que desee entrar en el siglo XXI tiene que disponerse a cambiar radicalmente en su actitud, conducta y motivaciones. El entorno tiene que aportar un medio material favorable. Un ejemplo en este sentido es la relación transporte-comportamiento puesto en evidencia por la forma como los habitantes de Caracas se manifestaron inicialmente ante el transporte subterráneo o Metro y el cambio negativo presente por su deterioro y las fallas frecuentes del servicio. El humor colectivo se ha enrarecido porque el medio físico no coadyuva a su mejor vivir, sino todo lo contrario. Entonces, el primer problema que se deberá afrontar para generar un cambio fundamental hacia el porvenir es conciliar la condición de persona y de ciudadano. Al respecto, todos deben convertirse en factor esencial de la producción, encuadrada en un sistema estable. «Para ello hay que dejar atrás viejos hábitos colectivos como la indolencia, la pasividad y la pereza, e iniciar una cruzada motivadora, esto es, crear el móvil, el incentivo, el impulso, el negocio en el alma de cada ciudadano» (Escobar Salom: 1986: 22).

Como se puede inferir de lo anterior, esta no es una batalla política ni económica, sino la transformación total del modo de ver y de sentir. La educación tiene que mancomunarse con la producción, actuando la capacitación como facilitador. Todo el país tiene que ser motivado a través de los distintos medios de comunicación que se dispongan —deberían ser todos— y así realizar una gran cruzada nacional para cambiar la condición del venezolano. Se trata de una tarea atractiva para la imaginación y retadora para la acción.

El destino histórico de Venezuela no está agotado a pesar de que han habido oportunidades desaprovechadas; no vamos a abordar el análisis de las numerosas causas que

⁸ A partir de aquí nos atenemos al significado que Escobar Salom atribuye al vocablo «joven» y su derivado sustantivo «juventud» cuando aclara que no debe entenderse como una fórmula cuantitativa de reparto demográfico, sino como una acometida, una cualidad visceral y espiritual (Escobar Salom, 1986: 44).

los especialistas han ensayado, pero sí entresacaremos una que sobresale, a saber: el común de la gente no ha estado integrada a una visión de largo plazo. Le ocurrió también a Simón Bolívar y pudiéramos incluso afirmar que hasta se formó una contracorriente, que tuvo más fuerza y se aproximó más a la sensibilidad colectiva, hecho que analiza muy bien el comunicador social e historiador venezolano Luis Moreno Gómez en su libro «País Pardo». Todo ocurrió porque no hubo el grado de energía moral que se requiere para una acción que superara el lindero de la supervivencia inmediata, según Escobar Salom.

Téngase claro que el porvenir se construye sobre lo cotidiano y que el destino histórico es, en mucho, resultado del ánimo colectivo, y se mueve con base en los estímulos y las fuerzas actuantes de acuerdo a las metas básicamente de mediano y largo plazo. «Sin esta perspectiva –sentencia Escobar Salom– no habría proyección en el tiempo».

Quizás con una influencia un tanto nominalista, asentamos la hipótesis de que Venezuela, aun en 2018, está pendiente de entrar en el siglo XXI y, más aún, creemos que la frontera científica y tecnológica nos lo está colocando más lejos. Pero sin soslayar la discusión, muy similar a la que suscitó el cruce del año 2000, trasladaré de seguidas al lector cinco referencias, extraídas del ensayo de Escobar Salom, pero adaptadas a nuestro tiempo, más otras dos de nuestra propia cosecha, a fin de que haga el ejercicio de imaginar si hemos alcanzado o no el punto de intercepción intersecular:

1) El momento en que la Nación haya obtenido y aplicado una política sostenible de autoabastecimiento alimentario.

2) El momento en que la industrialización haya tomado un camino cierto, coherente y sostenible en función de la productividad.

3) El momento en que exista un perfil claro de ocupaciones intermedias y un sector capaz de absorber y manejar las nuevas tecnologías para sus fines específicos y para los sectores que se hayan identificado como promisorios.

4) El momento en que estén funcionando razonablemente bien los servicios públicos básicos (salud, educación, seguridad social y ciudadana, transporte, correos y comunicaciones en general) y cuando el sistema educacional haya definido una estrategia a largo plazo, consensuada y no ideologizada política y partidistamente.

5) El momento en que pueda decirse que existe una motivación histórica para poblar todo el territorio y se comiencen a profundizar las potencialidades nacionales.

6) El momento en que exista un adecuado equilibrio entre las políticas fiscal, monetaria, cambiaria, petrolera y agropecuaria, que supere el alcanzado hasta 1998, a fin de cortar la caída depresiva de la economía y provocar la emergencia de la recuperación.

7) El momento en que comience el retorno de todo el talento venezolano disperso por el mundo, atraído por una nueva institucionalidad abierta, transparente e inclusiva.

Un recordatorio a los funcionarios del alto gobierno: en 2006, Venezuela fue uno de los países firmantes del «Código Iberoamericano de Buen Gobierno», en el seno del Centro Latinoamericano de Administración (Clad), que tiene su sede precisamente en Caracas. Por favor, búsqüenlo, léanlo y cúmplanlo.

Para Venezuela no queremos que el mañana sea la prórroga del hoy, esa masa laxa en la que se depositen todos los aplazamientos y en la que «los días sean como siglos» al decir del escritor venezolano Enrique B. Núñez en su novela «Cubagua». Lo que anhelamos es todo lo contrario, como bien lo sentencia Escovar Salom: «... es construir el mañana desde hoy porque ambos momentos son partes de la misma acción».

Referencias bibliográficas

Acemoglu, Daron y **James A. Robinson** (2012). *Por qué fracasan los Países*. Barcelona, Editorial Deusto, Grupo Planeta.

BID (2012). «Gobierno Abierto y Transparencia Focalizada. Tendencias y Desafíos para América Latina y El Caribe». <https://www.iadb.org/es>

David, Fraid R. ([1986] 2003). *Conceptos de Administración Estratégica*. México, Pearson Educación.

Escovar Salom, Ramón (1985). *Apertura hacia el Futuro de Venezuela*. Caracas, Cuadernos Lagoven, Serie Siglo XXI.

Peraza D. Rodrigo A. (2017). «Guías de Estudio de la Asignatura Planificación Estratégica». Escuela de Economía, Faces-UCV.

Peraza D. Rodrigo A. (2017) «Por qué fracasan los Países». Reseña bibliográfica. Revista *Cuadernos del Cendes*, n° 94, enero-abril, Caracas.